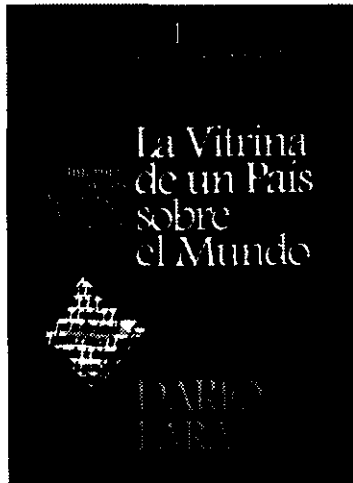


# LA VITRINA DE UN PAIS SOBRE EL MUNDO

INFORMES DE LOS DIPLOMÁTICOS FRANCESES DEL SIGLO XIX  
de Darío Lara



**Alfonso Barrera Valverde\***

El presente volumen es, en verdad, parte de una trilogía. Los otros dos títulos son: "Viajeros Franceses del Ecuador en el Siglo XIX" ( Casa de La Cultura, Quito, 1972) y "Gabriel Lafond de Lurcy, Viajero y Testigo de la Historia Ecuatoriana" (editado por el Banco Central del Ecuador en 1988).

Sobre esos dos primeros aportes se entiende mejor éste, que estudia los "Orígenes y las Etapas de las Relaciones del Ecuador con Francia".

Precisamente el primer capítulo de la tercera parte de la trilogía anuncia los ingredientes vivos, catalizadores, que permiten la articulación y la armonía de los otros. El

(\*) *Ex Ministro de Relaciones Exteriores*

tercero cabe, pues, como pago de una deuda. Publicados los dos anteriores, tiene mucho sentido que el autor recoja algunos hilos sueltos y complete el panorama, pero no con finalidades personalistas, que volverían frívolos sus esfuerzos, como los de muchos pseudohistoriadores de nuestro país y de nuestro tiempo. La actitud de Darío Lara, por géneros, posee la cualidad contraria a cualquier egoísmo. Viajero también él, vive en París con la nostalgia dirigida a su tierra natal y la convierte en actividad creadora. Provisto de un pensamiento orgánico, sistemático, se dedica a rescatar imágenes del pasado. Pero, bien advertido por la disciplina del espíritu francés, no las trae en la categoría de fantasmas, sino de personas que tuvieron carnadura y, en sus apuntes humanos, dejaron testimonios esenciales para la biografía de nuestra sociedad.

Desde luego, Darío Lara tiene sus pensamientos propios y aún se puede sostener que no se despoja de ellos ni de sus ideas políticas al aventurarse en el reexamen de las conciencias sometidas a su lectura. Confieso que no todos los puntos de vista suyos son los míos. Por ejemplo, respecto del Presidente García Moreno, comparto la admiración del autor ante la imagen del hombre de Estado con fe en la Educación Científica. Hasta allí, nuestra actitud común. Mucho menor es mi

dosis de entusiasmo cuando Darío Lara habla de Juan José Flores, el lugarteniente de Bolívar, ensalzado como General por el Libertador y por Olmedo, su poeta épico. Para mi modesto criterio, el hombre de confianza de Bolívar proyecta muy dudosas sombras en su calidad de fundador de nuestra pobre, querida y a veces desgraciada República.

A propósito de los comienzos del período republicano, que no logra hasta ahora diferenciarse de los anteriores, Darío Lara tiene el acierto de llevarnos hacia las colinas de Europa, a fin de contemplar desde ellas el retablo móvil y no muy consistente de nuestro fundador y de sus acompañantes.

- Una de las primeras meditaciones que surgen es la necesidad de que sigamos el ejemplo de Darío Lara, a fin de explorar con una profundización mayor que las usuales los cimientos de las Instituciones Americanas heredadas de Occidente. París y Londres aún esperan a quienes investiguen los varios redescubrimientos de América, de los cuales la misión geodésica francesa asoma, con todos los méritos, como la cumbre más visible. De Darwin, tenemos sus propios testimonios, especialmente el Diario del "Beagle", pero hacen falta muchísimos otros datos, con la correspon-

dencia de quienes lo conocieron y trataron, y con una investigación respecto de la personalidad del empecinado cuestionador de sus teorías, el obispo de Oxford. Sobre Humboldt, son los alemanes quienes más se ocupan, hasta nuestros días. De Wolf y de los profesores de las escuelas politécnicas, traídos en sus respectivas épocas por los Presidentes García Moreno y Velasco Ibarra y , en años recientes, por los escasos rectores de universidades preocupados de nuestra ya larga crisis cultural, no se acuerda casi nadie. En los medios politécnicos, sí, de vez en cuando, los investigadores recurren a ese recuerdo para denunciar, dolidos y solitarios, los síntomas de la mal llamada educación superior.

Este no es lugar para que nos extendamos en disquisiciones sobre el tema. Pero sí es la oportunidad para subrayar la importancia de la contribución de Darío Lara , cuya actitud diaria consiste en la del profesor ansioso de compartir aprendizajes.

Aún Sevilla, Madrid y Cádiz necesitan la continuación orgánica de rescates históricos, emprendidos anteriormente en esfuerzos esporádicos. En España ha habido horas y horas, meses y meses, y hasta años de responsable examen de estudio-

sos, particularmente en las Cortes gaditanas y en el Archivo de Indias. Labor trascendental, tanto más cuanto que los cronistas y viajeros hispánicos han sido básicos para aclarar algo de la pedagogía ajena aplicada a nuestros rasgos propios.

A personalidades creativas como Darío Lara se debe esa luz necesaria para hacer posible el encuentro del espíritu universal (en el léxico de Paul Valéry) con el de los individuos (en el selecto y hasta despectivo lenguaje de Goethe cuando se refiere a Alemania después de la derrota de Jena).

Darío Lara, al inicio y al final de su tarea (si se concibe que tareas tan generosas terminan alguna vez), mantiene vivas sus virtudes. Una de ellas, el amor a Francia, la de todos y la suya , la de su bondadosa compañera, la de su familia crecida alrededor de las costumbres de un profesor universitario, huésped que decidió quedarse. En la mirada de Darío Lara, la Francia que , a su vez, contempla América, es una sociedad madura.

De los aportes del autor, creo que es lícito poner en alto sitial el de su honestidad. No se trata de una frase. Sin ella, no se dimensionaría bien el valor del tomo dedicado a Lafond, sobresaliente en los de la trilogía. Toda América le debe a Darío Lara su rescate de uno de los corresponsales más interesantes y fidedig-

nos de la Historia Latinoamericana: el navegante, cronista y capitán Gabriel Lafond de Lurcy. Los amigos de las discusiones intrascendentes y de las querellas sin efecto se apoderaron de la imagen de este capitán y la redujeron implacablemente. Como si debieran dirimir la supremacía y obediencia a los caciques de la actual política lugareña, varios intelectuales se plantearon dudas sobre la "filiación" de Gabriel Lafond. La famosa carta con el testimonio vivo respecto del encuentro de los Libertadores Bolívar y San Martín en Guayaquil ha recibido toda clase de reproches y reprensiones. Los más dolidos llegaron a sostener que la carta fue forjada. Sin embargo, la publicación de Darío Lara hace lo típico de las obras de los honestos. Restablece los hechos y la solvencia del testigo. Restituye cada respuesta al ámbito de la debida pregunta. Y, en síntesis, la pulcritud del investigador aplicada a la transparencia de los actos del viajero francés logra cuanto ya se sabía antes de las tergiversaciones, pero concurre para saciar al sediento de pruebas al respecto de la personalidad ética de San Martín y política de Simón Bolívar.

Me permito recomendar al lector del presente volumen que busque el editado por el Banco Central en 1988, contentivo de una referencia biográfica de Gabriel Lafond de Lurcy, muy fundamentada, referen-

cia que sirve de base esencial para cualquier pronunciamiento relativo a este navegante que vivió los acontecimientos de Guayaquil y de su Independencia con un claro afecto por los americanos y con el equilibrio de alguien que deseaba a los dos Libertadores el mismo bien, el de una unidad, necesitada por la causa común de la Independencia. A Gabriel Lafond le costó la victoria política de Bolívar, el conductor de nuestra América, así como la constante victoria moral de San Martín, hecha, como siempre, de renunciaciones. Solamente un hombre de la altura moral de San Martín podía comprender también los motivos históricos de aquél a quien, después de ofrecerle, sin aceptación, el oficio de su espada, entregó su enorme concurso para la unidad interna.

La trilogía puede recoger el título sugerido por Carlos de la Torre Reyes en el prólogo de uno de los anteriores. En efecto, los informes de los Diplomáticos Franceses del Siglo XIX constituyen "la vitrina de una país sobre el mundo". Vitrina luminosa, cuyo defecto consiste en que, si dejan de proyectarse esos rayos, quien los dirige cree que todo lo demás es oscuridad. Y, efectivamente, es oscuridad la reinante, salvo que los campos examinados asuman o generen una luz propia. Ante la cual, Francia no querría negarse, pues, en la Independencia Americana, los pensa-

mientos de sus conductores supieron guiar a los insurrectos.

Del tercer libro, que empieza a circular ahora, lo más importante es su primer capítulo: orígenes y grandes etapas de las relaciones del Ecuador con Francia. Hace bien el autor cuando no pone en el tapete el variable mapa de Europa continental como trasfondo. Surgirían preguntas en sucesión casi inacabable. ¿Cuál de las Europas nos contempla? ¿Desde qué épocas? ¿La cuna del feudalismo o de la monarquía? ¿La Europa latina, continuadora de la greco-romana? ¿La de los Papas dueños del poder temporal? ¿La de las Ordenes de los Caballeros Teutones que organizaban la cacería anual de lituanos en los deshielos de las estepas nórdicas? Si quisiéramos darnos respuestas concretas, las repreguntas seguirían inacabables. La Francia borbónica nos miraba. Pero, ¿Qué es la Francia borbónica? Tras la política de Europa, había pensamiento. Quizás la contestación más cuerda sea sostener que en cada mirada de cada viajero se acumulan experiencias anteriores a él, o contemporáneas, de las cuales no puede ni tiene motivo para liberarse.

Si yo siguiera las tentaciones extendidas por Darío Lara, habría tantos hechos y protagonistas europeos como para hacernos olvidar que éste es un prólogo. Y un prólo-

go difícilmente consiste en algo más que un obstáculo o una interrupción con los cuales se prueba la paciencia del lector.

Dicha demora tiene sentido si aporta datos útiles. Por ejemplo, delante de una novela, algunos apuntes sobre el novelista. Por mi parte, no tengo disculpa válida, salvo el amigable pedido de Darío Lara, a quien le gusta caminar acompañado.

Al llevar mis devaneos a tal extremo, reviso los párrafos anteriores y pienso que, si no tengo potestad alguna para desviar al lector de su rumbo correcto con mis cavilaciones, tampoco me asiste el derecho de negarle el punto de contemplación, ciertamente elevado, desde el cual Darío Lara asume el papel de observador de los observadores. Aquí, la ampliación de los panoramas es un instrumento fundamental. La Francia asomada a las páginas del presente volumen es la de Montaigne, la de D'Alembert y Diderot, la de Chateaubriand, tan compatible con la de Mendeville, el legendario Cónsul francés en la ciudad de Quito.

Esa, la Francia del libro. Pero la del autor es mucho más amplia, acaso más romántica y, en toda situación, cosmopolita. Se podía haber temido que Darío Lara permaneciese en las filas del neotomismo, por los años de su vinculación vital

a Francia. Teilhard de Chardin y Jacques Matitain, precisamente por lúcidos y espiritualistas, pudieron constituir una trampa y una limitación. Pero, si yo conozco bien a mi profesor Darío Lara, la Europa suya, anterior y posterior a la Reforma, transida de experiencias renacentistas, no podía ser la de las guerras de religión, sino la de la fiebre romántica, la de Musset, Stendhal, Lamartine y Víctor Hugo, proyectada hacia más tarde en contemporáneos a quienes Darío Lara admira, como d'Ormesson y Aron. No la Francia de la guillotina pero sí la de la Revolución Francesa, ahora, cuando los teatros parisienses revisan públicamente los diálogos de Danton y Robespierre. Para no remontarnos a los inmensos ámbitos del drama como arte poético, a cargo de Corneille, Racine y Moliere, o de filósofos como Bossuet y Pascal, nombres con los cuales tengo mucho cuidado a fin de no sobrepasarme en mis propósitos y a fin de prodigarme cierta seguridad de que esos nombres son justamente los frecuentados por él, mucho más que por mí.

Libro, pues, de aproximación entre los hechos universales y la realidad local de un país que fue verdadera colonia y hasta ahora no deja de ser una república ficticia.

Acaso las conversaciones transcritas admirativamente, desde los salones y comedores oficiales de

Europa a los documentos sobre la adolescencia de nuestra sociedad, conversaciones en que brillan el idioma francés y la desenvoltura de los vástagos de los lugartenientes del Libertador, nos planteen la duda sobre el grado de solvencia de quienes charlaban, lejos, en el viejo continente, sobre diversos temas a propósito del nuevo. Pero, superadas la superficialidad y acaso la frialdad de los encuentros puramente formales, hay una contribución de extraordinario valor en el cometido que se impuso al catedrático y estudioso sin tacha que siempre fue y es Darío Lara.

A los muchos años suyos de entrega a la causa americana en Francia le deben no solamente el Ecuador sino la América bolivariana una contribución invaluable. El Ecuador, sociedad que a ratos agradece y a ratos ignora los más significativos afanes de sus hijos ausentes, habrá de rendirle el homenaje que todavía ni siquiera se proyecta. Junto con el lector, formulemos votos para que la vida de este ejemplar ecuatoriano dure lo suficiente, de tal suerte que tanto quienes hemos sido sus alumnos como quienes se han beneficiado de su lectura podamos compartir con él ese justo homenaje.

